

Teresa Moure: Porque somos libros

Texto de la intervención de Teresa Moure en el seminario-encuentro [Literatura y después. Reflexiones sobre el futuro de la literatura después del libro](#) (Sevilla, 17 – 19 de abril de 2012) incluido dentro del programa de [UNIA arteypensamiento](#)]

PORQUE SOMOS LIBROS

Teresa Moure

Cuando afrontamos un desafío profundo, la mejor defensa, dicen los manuales de estrategia, es un buen ataque. Nos convocan para reflexionar, *Literatura... ¿y después?* ¿Qué vendrá después del libro? Para defenderme de esta provocación, debo negar la mayor: nunca habrá un después, nunca un después del libro. Llevamos años dándole vueltas. En las culturas grandes, con ingentes mercados, y en las pequeñas culturas de resistencia, como la mía, las amenazas de la era digital han suscitado en la última década intensas reflexiones. Muchas de ellas se han basado en la defensa del propio artilugio. Porque el libro no deja de ser un curioso invento: un paralelepípedo habitualmente ligero de peso, que se despliega en hojas finísimas donde quedan depositadas las pisadas de la gallina. Amo la escritura: me encantan esos signos, como huellas minúsculas de ave, apenas manchados de significados que otra persona, con suerte, tal vez pueda entrever. Busco la complicidad de la escritura, el placer de imaginar por un minuto que soy comprendida.

Y, sin embargo, todo son libros. Da igual que vayan enrollados como pergaminos, o que se desplieguen en ventanas en los periódicos digitales. Por supuesto, podemos amar el soporte físico hasta exagerar su importancia y adorar el objeto. Fetichistas, maniáticas, conservamos los incunables, fabricados antes del domingo de Pascua de 1501. Incluso podríamos oponer los pergaminos, hechos con pieles de animales, a sus precedentes, los papiros, y aunque en el debate valoremos el aliento ético de la opción vegetariana, conseguida sin sufrimiento, no puedo dejar de apreciar ese vigor salvaje de escribir sobre los cuerpos. Inscribir las letras en la piel de un animal que hoy será cadáver pero ayer mismo estaba vivo, y retozando, enlaza la actividad literaria con el underground del tatuaje, de las técnicas de perforación que inventan relatos en los cuerpos. Sin tinta siquiera, nuestros cuerpos siempre fueron libros donde escribimos algo que aspira a ser permanente porque también el tiempo, ese artista, escribe: las canas, las arrugas, las varices y tendones que se perfilan nos conforman también como un libro abierto. Somos libros. De hecho, sólo con ese fetichismo por el objeto libro se puede explicar que se sigan creando bibliotecas en un planeta que sabe de sus límites. Cuando todo nos invita a decrecer, a pisar suavemente sobre esta Tierra exhausta que se va quedando sin recursos, cada municipio de más de 5 mil habitantes en este estado tiene la obligación de ofrecerle una biblioteca a la ciudadanía. Y esa actitud mesurada, atenta al buen comportamiento, de quien reparte libros en la plaza pública ya está denuncia claramente el amor al libro como un amor burgués. No es raro entre las gentes adictas a los libros, que los camiones de mudanzas aparquen a la puerta porque decidimos cambiar nuestro domicilio a un lugar más amplio, donde nos quepan, apretados en sus estantes, todos los volúmenes que coleccionamos. Si le comentásemos a alguien que precisamos una casa más grande para colocar todos nuestros zapatos, por ejemplo, seríamos consideradas personas

frívolas. En cambio, necesitar espacios grandes, bien acondicionados, para guardar unos miles de volúmenes permite disfrutar de cierto prestigio social. Después de todo, quizás este amor al libro no sea más que una forma de síndrome de Diógenes. En vez de guardar envoltorios o cachivaches inservibles, en vez de amontonar detritos, acumulamos libros y habitamos así el lugar imaginario de la biblioteca. Pero la biblioteca, ni siquiera la de Borges, no es calle ni trinchera, por eso los rockeros, las prostitutas, la gente variada del hampa, los proletarios que bambolean los pies subidos a un brazo de hormigón sobre los rascacielos neoyorquinos no leen. Nos están avisando de que no todo está en los libros. Aunque, a decir verdad, los ministros, las presidentas de corporaciones y todos los grandes cargos no leen tampoco. O no leen libros, cuando menos, sino informes, memorándums, esquemas, recensiones..., nada interesante: ojalá el futuro no circule por ahí.

En todo caso, parece que no todo está en los libros y, por arriba y por abajo en la pirámide social, insisten en criticarnos a las personas que nos empeñamos en leer como a gente ensimismada, que se refugia en quimeras. Y, sin embargo, el amor al libro no debería verse como un reservarse de actuar. Confieso que suelo encerrarme en la palabra, que lo hago a sabiendas, para huir de las miserias de lo cotidiano, pero sin el deleite de una odalisca ociosa. Al contrario, para cumplir con el deber común de cuestionar las reglas, de saquear las instituciones, para debatir sobre la naturaleza de esa sociedad que palpita tras las normas, vuelvo a los libros. Bebo. Procuero imitar, hacerme con la palabra feliz. Intento, como los aprendices de los talleres de pintura renacentista, seguir a los maestros e, inmediatamente, rompo con ellos, me enfurruño con el hilo de la historia y sus genios, y me concentro en el objetivo de alterar las formas de producción de los relatos.

Quizás toda esa intención militante de la lectura y la escritura lleve mucho tiempo con nosotros. Quizás padezcamos, efectivamente, síndrome de Diógenes. Canalizamos la repugnancia que un mundo hostil nos produce hacia el amor a los libros, que nos alucinan con sus vidas ajenas impúdicamente expuestas. Al final, nos acaba bloqueando ese fisgoneo, y la inevitable pérdida de la inocencia.

A lo mejor no creo en un después del libro, porque todos son libros. No creo que debamos tampoco delimitar su utilidad –argumentar que los libros viven sin enchufes ni conexiones eléctricas y que pervivirán cuando se agoten las fuentes de energía que construyeron nuestro tiempo– porque finalmente la literatura no sirve para nada, ¿para que preguntarse por su utilidad?: no se come, no se puede colgar de una pared para ostentar riqueza y no produce patentes ni deja una impronta notoria en el PIB. Pero a esta evidencia, asombrosa, todavía hay que añadirle que la literatura no precisa servir para nada: es un lujo, una provocación, igual que las caricias o el arte, una promesa de algo posterior, y más intenso. Si aún conservo algún miedo apocalíptico al futuro cibernético, a lo que puede suceder en el primer siglo después del libro, es porque los medios más sofisticados tal vez nos acomoden, tal vez nos restrinjan. El libro, ese paralelepípedo de papel, se ha hecho, en las

últimas décadas, accesible a todas las clases sociales y, sin duda, otros soportes podrían servir a fines menos democráticos.

Quizás no todos los presentes entiendan de la misma manera que yo, habitante de una nación sin estado, el papel que ha tenido la cultura escrita en nuestra conformación política. Por eso voy a detenerme un instante en mi condición de periferia entre las periferias, como mujer escritora y como escritora en una lengua minorizada, despreciada por el poder. Cuando habitas los márgenes siempre desarrollas una peculiar sospecha ante cualquier cambio: ¿acaso querrán borrarlos una vez más? Cuando habitas los márgenes, devienes automáticamente mujer, negra, transexual, oprimida. Te conviertes en territorio ocupado. Te haces cuerpo mutilado en el campo de concentración, para que la historia escriba sobre ti. Devienes otr@, con arroba, aunque a las reales academias de las lenguas no les gusten las arrobas por ser signos insurrectos. Arroba por la arroba, por su sinuosa forma, por su promesa de integrarnos pese a tantas diferencias, así escribo contra las academias que no sean republicanas.

Con mucha frecuencia se dice que si todavía hablamos lenguas amenazadas, como el gallego en que escribo es porque el pueblo trabajador las ha conservado hasta nuestros días. Es cierto. Pero a veces olvidamos que entre el pueblo trabajador están las personas que escriben; también pueblo, y pueblo trabajador. Con un fuerte proceso de diglosia minándonos y con una historia marcada por la baja auto-estima, ese proletariado campesino y marinero no habría conservado su lengua si no contásemos con el empuje de la letra escrita. Sin la valentía de Rosalía de Castro y de algunas personas más que la fijaron por escrito, sería muy difícil que hoy viésemos nuestra lengua como algo distinto de un dialecto de andar por casa. Esa tarea se hizo a través de periódicos, de editoriales casi artesanas, de hojas volanderas y, sobre todo, de libros. Si la transmisión de conocimiento por vía escrita es el motor básico de la cultura occidental, en algunos casos, como en Galiza, tenemos razones específicas para identificarnos con los textos. No en vano fue por escrito como aprendimos a reconocer nuestro perfil diferenciador; fue ver nuestra habla –que llamaban rural y torpe– en letras impresas lo que alimentó nuestro orgullo y nos dio impulso para volar alto. Sin los proyectos editoriales de las Irmandades da Fala o de Anxel Casal no habríamos conservado nuestra dignidad ni extendido la idea, fundamental, de que sería el discurso escrito el que inventaría el pueblo; y no al revés.

Con estas raíces, debo tener el optimismo necesario para defender que el soporte no cambiará lo esencial de la literatura, a pesar de la brecha digital. Quizás en una ciudad grande como Sevilla no se vislumbre que el número de personas que tienen una conexión a internet es pequeña en otros lugares. Quizás muchos piensen que la población rural es tosca o desinformada pero eso apenas son tópicos. En Galiza, como en Sudáfrica, las conexiones a internet son menores que la media europea, no porque estemos poco interesados en la cultura, el arte o la política. Simplemente, la dispersión enorme de nuestra población explica que el cableado y las antenas resulten poco rentables para las compañías telefónicas. Nada más. Tendremos que continuar reivindicando la acción social a través de diferentes plataformas de

lucha. Tendremos que salir de la biblioteca para pedir a gritos los cables. Y en ese trabajo de intervención en la realidad quizás, después del libro, aprovechemos que somos legión para reclamar la autoría popular y el amateurismo.

Porque si algo se ha notado en los últimos tiempos es la ruptura del aura en la autoría. La irrupción de las tecnologías de la comunicación ha hecho florecer el género de los blogs, esas bitácoras para navegar que buscan ansiosamente un público; por encima de las editoriales y sus intereses; por encima de las críticas y de sus momentos oportunos, las personas que desean escribir meten sus pisadas de gallina en una botella y la arrojan al mar, en busca de un náufrago. Ese amateurismo cuestiona el hecho de vivir de la literatura, una posibilidad no por elitista menos interesante y que aporta toda la subversión implícita en vivir del cuento. La profesionalización del oficio de escribir es un asunto peliagudo porque levanta postillas: muchas personas que escriben comentan sin recato alguno que les gustaría poder vivir de ese oficio, que es como otro cualquiera, y que sólo así, liberadas de las obligaciones diarias, rescatarán tiempo para su gran obra. La declaración es justa si se toma en su lectura libertaria: bueno sería igualmente que los albañiles, las carpinteras, los electricistas y las enfermeras pudiesen liberarse de su trabajo y consagrarse a actividades creativas. Mientras no llegue la revolución, resulta más complicado defender la profesión de escritora. Entre otras cosas, porque para vivir de vender textos se precisa que alguien los compre y la creación de un público es un fenómeno complejo, todavía más en esta era digital, con el paralelepípedo desapareciendo y montones de literaturas emergentes abriéndose camino a mordiscos por la red. Además, la creación de un público tiene el peligro de todos los oficios: que el creador se convierta en bufón y que no pueda reírse abiertamente de quien le da de comer. Y la literatura, que no sirve para nada (ni tiene porqué), tampoco sirve a nadie (ni debe hacerlo).

Decía Nancy Fraser que el público burgués nunca fue realmente el público del arte y proponía la noción de contra-públicos competidores: públicos nacionalistas, públicos campesinos, públicos negros, públicos gays, públicos mujeres... La realidad que un día quisieron representar desde los medios de comunicación era una imagen normativa que reproducía un mundo *comme il faut*. Si las artes plásticas juegan con la fotocopia y la reapropiación de la autoría fotográfica, si reproducimos hasta la saciedad quitándole todo valor a lo que era único, si iniciamos prácticas colaborativas, escribiendo en wikis o en composiciones colectivas anónimas, comenzamos a desafiar el producto que se vende, con su fotografía cuidada en la solapa. Quizás los condicionantes que imprime el soporte a la nueva lectura, que se desarrolla, que se despliega, o que se transversaliza en secciones, sean lo de menos. El aura individual, la presencia única que tan importante fue para decidir lo que era arte se ha perdido y eso es positivo, siempre que logremos favorecer el protagonismo colectivo y esa suerte de democracia creadora para que no nos trague la superficialidad total. Porque tenemos que convencernos de que podemos jugar cuanto queramos con las tecnologías, pero no es lícito que las usemos para escapar del objetivo de dotar de profundidad a nuestras producciones artísticas.

En todo caso, la literatura se lleva mal con los objetivos impuestos. Como decía la Internacional Situacionista, las personas que escribimos tenemos la obligación de hacerle un cortocircuito a la instalación de la sociedad, de poner nuestras fuerzas productivas al servicio de la imaginación y de la voluntad humana de vivir. No podemos renunciar a los deseos que constituyen nuestra obsesión y nuestra esencia, y mucho menos podemos hacerlo sin rechistar, a cambio de sucedáneos ficticios y producidos en masa en una sociedad aletargada por las pantallas, y anestesiada por el consumo; una sociedad aburrida, donde las personas padecen un aislamiento, una angustia y una impotencia que las aniquilan como seres que piensan y que sienten. Si ya el dadaísmo se lamentaba del consumo, ¿qué nos quedará a quienes vivimos en la era del entontecimiento total del neoliberalismo? ¿Cómo podrá nadie producir una narrativa convincente en una época compuesta por episodios y fragmentos deshilvanados?

Frente a la actuación en las barricadas, la gran masa de consumidores y consumidoras compran en los centros comerciales. O suben a sus móviles los episodios de la más estricta intimidad y miran por televisión escenas de violencia que alguien grabó apresuradamente para servírselas como cóctel. Puede parecer difícil resistir con la palabra en un momento en que pasmar viendo imágenes es una droga cotidiana. Con el supuesto fin de acercar la literatura al público, hemos envuelto nuestros textos en tecnologías. No tengo nada contra las máquinas: he convivido con ellas, he aprendido en las vertientes computacionales de mi profesión, estaría dispuesta a implantarme una válvula artificial si una dolencia lo requiriese, de modo que me acepto cyborg; incluso formo parte de un grupo promotor de un periódico digital. Con todo, reconozco que, en lo que respecta a la literatura, los medios de producción capitalista pueden hoy disfrazarse de tecnología. ¿Para qué acumular conocimiento, para que memorizar, relacionar, si, como cantaba Juan Perro, en la red está todo cuanto puedes imaginar? Y, sin embargo, la cultura quitó a la especie de las cavernas. Para los amantes de la música, la pintura, el teatro, la buena conversación, para los aficionados a las ideas difíciles de adquirir que, una vez analizadas y comprendidas, echan raíces en nosotros y ya no podemos desprendernos de ellas, para quienes soñaron algún día con alejarse de las vidas limitadas de sus barrios, de sus pueblos y habitar espacios de libertad y de maduración exquisitos, la cultura es el bien máspreciado: no guarda relación con los títulos académicos, con másters y currículos, no coincide con el prestigio simbólico de los que van a los saraos ni con la admiración de los medios de comunicación; la cultura es una portezuela para que entre y salga el gato, para vivir una vida paralela, para disfrutar, o para saber que ‘disfrutar’ no significa lo mismo que ‘poseer’. Frente a esta concepción esperanzada de cultura, los espectáculos dulces, que mezclan todo para ponerse a nuestra altura sin demandarnos ningún esfuerzo intelectual o emotivo, son puro opio. Y los oropeles tecnológicos tienen algo de carcasa dulzona.

Más que evolucionar hacia la gran biblioteca (la metáfora de Borges), el mundo se ha convertido en un cerebro electrónico, exactamente como en aquella película terrible de

Cronenberg, *Videodrome* donde el vídeo podía controlar la vida humana o en un juego de virtualidades como contaba Tavernier en *La muerte en directo*, de un modo más literario que en las versiones de *Mátrix*, marcadas por los efectos especiales. El computador evoca un estado de entendimiento universal extremadamente reduccionista (y, desde luego, contrario a la diversidad de cosmovisiones que transportan las lenguas). La idea de que todo usuario potencial percibirá de la misma manera el soporte técnico es una ingenuidad muy distante de lo que fue llamado cultura. Tal vez por eso nos faltan registros. Cuando publico un texto, noto con cierto estupor que gentes razonablemente instruidas interpretan lo que escribo en primera persona como material autobiográfico, por ejemplo; una deducción que seguramente no se daba entre los que atendían cantares de ciego en la Edad Media. A mi entender, este es un efecto propio de una época marcada, casi obscenamente, por airear la intimidad por televisión.

El ritmo que lleva actualmente la cultura puede hacernos dudar del futuro del libro, del concepto de autoría (que tampoco es imprescindible), de las bibliotecas o de cualquier institución cultural. Pero no soy apocalíptica; mi esperanza está en la lectura, que es una actividad individual, creativa, es la transformación del conocimiento de otros en propio, es rumiar culturalmente el mundo. Las personas que leemos, finalmente tenemos el mundo más asimilado que las que sólo actúan: leer es comerse el mundo; es incorporarlo, amasarnos con las experiencias y saberes de los demás y hacerlos propios. Por eso defenderé aquí, como he defendido otras veces, el carácter revolucionario de la escritura.

Casi siempre pensamos en la literatura como un arte pero la literatura también es una institución que filtra la realidad: que muestra lo que quiere dejar ver y tapa lo que debe estar oculto. Pues bien, tod@s contribuimos a construir esa institución: quien escribe y quien edita pero también el profesorado que enseña como valorar el dominio del oficio, los periódicos con suplemento literario, quien vende en la librería y, por supuesto, quien lee, todos y todas juntos componemos la institución literaria. En ese sentido, somos cómplices de calmarnos con tanta frecuencia con productos de fácil digestión, que se pliegan a los intereses del mercado o que consiguen los plácemes de los ambientes eruditos.

Las pseudoliteraturas, las palabras impostoras de la publicidad nos han narcotizado. "Ya es primavera", anuncian desde un centro comercial cuando aguarda una nueva colección de ropa durmiendo en las cajas. Las literaturas de moda, que se venden en las librerías y se despedazan en pequeños fragmentos en las aulas, tienden a colocarse muy atentas a lo que la sociedad quiere oír y a evitar cuestiones subversivas. Todo lo que antes era vivido se ha desplazado hoy hasta convertirse en pura representación; nos han secuestrado la experiencia individual. A cambio, la literatura debería compensarnos de la rutina y de la falta de vitalidad interior, aceptando su condición transgresora. En medio de lo que llaman el asesinato de la realidad, de las violentas mutaciones en el conocimiento que nos sumen en la desorientación, en medio de los cambios en la biología que difuminan la noción de organismo y nos robotizan, en medio del consumo compulsivo que frena cualquier movilización en términos de política clásica, en medio de las nuevas formas de divertirse o de experimentar que construyen una

realidad virtual, los individuos se sienten aplastados. No se entienda con esto una llamada de prevención: que nos desliguemos de lazos biológicos y convenciones nos permitirá reinventarnos en unas cotas de libertad y de maduración personal hasta ahora impensables. Ahora bien, la literatura que produzcamos deberá mutar y no adormecerse. En tanto que arte, es subversiva por definición; en tanto que institución deberá sacudirse el polvo. Esa es la urgencia que, en mi opinión, debemos atender.

Si no os convenzo mientras hablo es porque no consigo seleccionar las palabras apropiadas para evocar en vuestras mentes la importancia de que no haya un después. Si no os convenzo es porque no logro seleccionar las palabras que nos permitan remontar la condición intelectual y abstracta de los discursos que nos inculcaron con tantos actos impostados. Por eso quiero aprovechar este turno de palabra para animaros a visitar todos los textos que se sigan produciendo más allá del libro. Porque también en esos formatos desconocidos, anónimos entremezclados conseguirán encarnar en sus textos esa electricidad que nos recorre la espalda cada vez que encontramos, plasmada en palabras, aquella sensación tan íntima, tan inefable y que, al revelarse de pronto como un territorio compartido por otros seres humanos, nos deja en cueros ante la línea escrita. El lenguaje tiene ese poder y negarse a usarlo es convertir el arte del lenguaje, la literatura, en una acomodada institución. Porque después del libro, nada. Todo son libros.